

En el fondo de las cosas: una semblanza de Néstor Pedro Sagüés

por FRANCO GATTI(*)

Conocí a Néstor Sagüés cuando ya caminaba pasos más suaves, aunque pasos que ocupaban un buen espacio, cuyo carácter sosegado no los hacía menos presentes. Andaba lento pero tenía un ritmo, una música que lo diferenciaba y adelantaba los movimientos. No se trataba de un andar precipitado, como tampoco lo eran sus palabras, que parecían ascender de algún lugar pulcro, eran palabras limpias que, aunque estuviesen mediadas por los enredos inevitables, se expulsaban sin interferencias.

Néstor, contra toda tendencia, sabía detenerse. En su paso y en su mirada, en su reflexión y en su conclusión, sabía hacer espacio. Quizás la versión que conocí fue la que mejor se llevaba con estas cosas, con el sabor que habita en bajar un poco la guardia, en deponer las reacciones, en esperar, frente al impulso opuesto de quienes todavía no lo aprendimos con rigor. Pensar con Sagüés, cualquier tema y en cualquier hora, suponía siempre, casi sin excepción, habilitar opciones, poner sobre el tablero incluso la jugada ridícula, pues mostraba que también allí hay algo que atender. Siempre el resultado estaba mediado por un paréntesis que le restaba rotundez, no fuerza ni certeza, sino que borraba ese abismo que solemos trazar cuando tenemos que decidir entre una cosa y otra. Él dejaba ese paso posible y enseñaba que existe un regreso amigable, aun del error, del peor error.

Las cosas que pensamos son difíciles de cifrar, iban desde Vlad Tepes “el empalador” hasta los aspectos más minúsculos de la interpretación jurídica, sin dejar de atravesar, en ninguna ocasión, lo que marcara el termómetro político de Argentina y el mundo. Sagüés hablaba por teléfono, verdaderamente por teléfono, esto es, dos personas que comparten un espacio, una combinación inédita entre presencia y ausencia, entre cercanía y lejanía. Dos personas encontrándose en simultáneo detrás del aparato sin poder volver a reproducir lo dicho, ni a leerlo, sin poder pensar la respuesta a tiempo, sin hacer lo que hacemos permanentemente: escuchar y contestar, no hablar por teléfono. Sagüés era, quizás, la única persona con la que hablé frecuentemente por teléfono en la última década. Eso permitía un hecho único para esta época: que alguien llame sin avisar, esa sorpresa que nos extirparon

NOTA DE REDACCIÓN: Sobre el tema ver, además, los siguientes trabajos publicados en *EL DERECHO: Ética y política*, por ALBERTO ANTONIO SPOTA, ED, 175-901; *La enseñanza universitaria de la ética de la abogacía*, por ARMANDO S. ANDRUET (h.), ED, 189-920; *Política, derecho, moral, democracia*, por ANTONIO CARLOS PEREIRA MENAUT, ED, 187-1528; *Política, ideología, patria*, por EDUARDO P. AYERRA, ED, 196-847; *Política y derecho. Sobre la enseñanza de la política en la carrera de derecho*, por SERGIO RAÚL CASTAÑO, ED, 196-1040; *Para una teoría general de la política. Pro aris et focis*, por JOSÉ MARÍA MEDRANO, ED, 248-1065; *La ley como decisión política*, por FERMÍN PEDRO UBERTONE, EDCO, 2011-725; *Los pasos iniciales de los profesores de derecho*, por JULIO CHIAPPINI, ED, 271-870; *La profesión de profesor profesional de derecho: una alternativa posible y deseable*, por SANTIAGO LEGARRE, ED, 275. Todos los artículos citados pueden consultarse en www.elderechodigital.com.ar.

(*) Abogado, con diploma de honor (Universidad Nacional de Rosario). Máster in Global Rule of Law and Constitutional Democracy, con máxima calificación extraordinaria (Universidad de Génova, Italia). Especialista en Derecho Público Global (Universidad de Castilla, La Mancha). Profesor adjunto por concurso de la Facultad de Derecho (Universidad Nacional de Rosario). Profesor de posgrado de distintas universidades nacionales y del exterior. Investigador director de proyectos en la Universidad Nacional de Rosario e integrante de proyectos en las Universidades de Vigo y León (España).

y que producía una interrupción, no como molestia sino como un hiato, cuando su nombre aparecía en la pantalla. Mientras estaba corriendo en un camino de tierra, a punto de salir un sábado a la noche o después de un concurso en el que me había acompañado, la temporalidad se abría y la incógnita podía disiparse en sentidos muy diversos: una invitación a dar clases –desde el Chaco hasta Castilla-La Mancha–, o algo muy habitual: que disparara una pregunta, para compartir sus dudas y hacerme parte de sus inquietudes.

Su simpleza se imponía, atada a una honestidad no declamada sino practicada. El mismo vino, muy modesto, que tomábamos en “La marina” –un restaurante tradicional de Rosario– era el que pedía cuando alguna Universidad nos daba rienda suelta para elegir. No hace falta decir más.

Recuerdo eventos masivos en los que Sagüés intervenía como expositor principal, precedido por elogios monumentales que pedían algún grado de devolución, decenas de personas en primera fila aguardando un guiño, una mención, y él optaba, en reiteradas ocasiones, por reconocer, valorar, a quienes estaban atrás –en general, jóvenes–, que creía que merecían destacarse. Esto acredita que, aunque no era displicente, tampoco funcional o condescendiente con las primeras planas, podía prescindir de los tan comunes gestos amañados y poco sinceros.

La última vez que nos encontramos, en su homenaje en la Universidad Católica Argentina de Rosario, temí que no me reconociera. Aunque, inmediatamente, me dijo que cuando pasaron por Villa Ramallo, viajando desde Buenos Aires, se acordó de que allí había nacido e hizo una mención a un artículo de un escritor ramallense que le causaba especial gracia por la descripción que hacía del lugar donde transcurrían los hechos –sobre todo, un mantel de hule que copaba el relato–. Él era el centro de la escena y también capaz de detenerse, incluso allí, en el recuerdo de otros.

Desde aquel texto que le envié para que leyera hace cerca de diez años y que inició lo que luego sería una amistad, hasta su despedida, si pienso en una continuidad diría que fue una continuidad de acompañamiento, de auspicio, de empuje; si pienso en una secuencia de interrupciones diría que fue un conjunto de interrupciones a lo que teníamos por cierto, a lo destinado, a lo que asumía incommovible. El privilegio de haber sido, por algunos años, contemporáneo a Néstor Sagüés no tiene vuelta atrás. Como tampoco aquello indeleble que no se puede poner en palabras, pero que queda en el fondo de las cosas, habitándolas y que no se escapa fácilmente.

En ese fondo de las cosas, tengo la intuición de que estará su paso suave, sus palabras cristalinas y sus manos moviéndose para explicar, pidiendo que también le expliquen. Ese fue, para mí, Néstor Pedro Sagüés. Luego, el mejor constitucionalista.

VOCES: CONMEMORACIONES - CONSTITUCIÓN NACIONAL - ABOGADO - DERECHO COMPARADO - CULTURA - EDUCACIÓN - UNIVERSIDADES - CORTE SUPREMA DE LA NACIÓN - JURISPRUDENCIA - DERECHO - DERECHO POLÍTICO - PODER LEGISLATIVO - PODER EJECUTIVO - LEY - DIVISIÓN DE PODERES - PODER JUDICIAL - FILOSOFÍA DEL DERECHO